



El poder sanador de la alabanza

Un pastor perfeccionista, dinámico y de grandes metas, comenzó a padecer migrañas. Siempre que le sobrevenían, el pastor quedaba destrozado por el dolor y debía guardar cama. Una noche, comprometido a presidir una reunión en su casa, estaba tan abrumado por su migraña que apenas podía moverse. Se preguntaba cómo podría salir de su habitación y dirigir la reunión.

Entonces le pareció escuchar una voz dentro de sí, que le dijo: “Alábame”. El pastor reconoció el mensaje del Señor y entendió el mandato. En efecto, Dios le estaba diciendo: “Alábame y verás maravillas”. Perplejo por la extraña petición del Señor, el hombre salió a rastras de su habitación y fue a la sala. Dio inicio a la reunión con la alabanza más sublime que pudo encontrar en el himnario. A medida que la reunión se desarrollaba, su migraña disminuía, y, luego, desapareció por completo. El pastor terminó la reunión con profundo gozo.

Esa noche él aprendió algo valioso – que la alabanza (“la



Mi angustia, mi paz

fe cantando”) es una poderosa expresión de fe que disminuye el dolor por el poder de Dios.

La alabanza es la expresión melodiosa de nuestra fe en Dios, en su Palabra y en su poder. Él usa la alabanza para liberarnos de ataduras; y obra dentro de nosotros cuanto sea necesario para nuestro bien. La alabanza, como fruto del perdón de Dios, desplaza la duda, la malicia, los celos, la amargura, la ansiedad, la depresión, y otras indisposiciones que resultan de nuestras debilidades y pecados y nos privan de nuestro legítimo gozo. En pocas palabras, la alabanza nos relaja. No podemos echar chispas e inquietarnos, y alabar a Dios al mismo tiempo.

La alabanza es más que un estado de ánimo que nos imponemos. El Dr. Emile Coué, psicoterapeuta francés equivocadamente creía que si una persona emocionalmente enferma se convencía de que estaba sana (“Estoy mejorando cada día y en todo aspecto”), se pondría bien. Su teoría es la negación del dolor. Pero la alabanza no niega el sufrimiento por una pena; lo desplaza. Lo desplaza ejerciendo la fe en el poder sanador y restaurador de Dios.

Alabar con honestidad y sinceridad es creer. Así como no se puede orar sinceramente y odiar al mismo tiempo, no se puede alabar a Dios y dudar de él. La fe da la oportunidad para que el poder sanador de Dios fluya a través de nosotros.

Los sentimientos negativos se alejan cuando recibimos la reconciliación que Dios nos ofrece (2 Corintios 5:16-20), y son reemplazados por la sincera alabanza a él, hecha de todo corazón, ya sea de pensamiento, de palabra, o a través de la música. Los sentimientos de amargura, malicia, rebeldía, envidia, intolerancia, venganza, odio, celos, y cualquier otra actitud que destruye la mente, no pueden coexistir con la alabanza. Todos sabemos que dos cuerpos sólidos no pueden ocupar el mismo espacio. De manera similar, la persona espiritual sabe que la alabanza y los sentimientos negativos no pueden cohabitar en la misma mente.



El poder sanador de la alabanza

Los médicos han aprendido esto. El Dr. Walter L. Wilson, ejercía la medicina, antes de dejarla para dedicarse a predicar el evangelio. Una vez aconsejaba a una mujer llena de amarguras. Ella lamentaba que todos estaban en su contra, nada iba bien, la vida era injusta, y Dios ya no era su amigo. Luego de determinar que no padecía de ninguna dolencia física, el Dr. Wilson le dijo: "Le voy a recetar una medicina y quiero que la tome tres veces al día. No deje pasar ninguna de las dosis".

"¿Qué medicina es?" le preguntó la dama con curiosidad. "Quiero que cante todas las estrofas del himno *¡Bendiciones, cuántas tienes ya!*".

Asombrada, la mujer dejó el consultorio y luego, intrigada por la novedad del consejo, comenzó a hacer lo que se le había ordenado. A los pocos días, sus síntomas desaparecieron.

La Biblia está plena de alabanza a Dios. Sobra decir que el Salmo 23 irradia una confianza gozosa en nuestro Gran Pastor. Muchos cristianos me han dicho que cuando no pueden dormir, recitan este hermoso poema de alabanza para relajarse y vencer el insomnio.

Una amiga mía que era paciente del Dr. William S. Sadler, renombrado psiquiatra de Chicago, me comentó una vez que éste creía firmemente en la Biblia como un potente instrumento para sanar mentes enfermas. Él le había dicho: "Leer la Biblia y creer en ella, especialmente tratándose de porciones como la del Salmo 23, es mucho mejor que cualquier otra medicina que yo pudiera darle".

Reconocer la bondad de Dios en medio de todas las circunstancias de la vida nos conduce a exclamar: "*¡Mi copa está rebosando!*" (Salmo 23:5b). Y empezamos a comprender la importancia del mandamiento de alabar. Pablo es rotundo en esto: "*Dad gracias en todo, porque ésta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús*" (1 Tesalonicenses 5:18). Describe la alabanza no sólo como un componente de la adoración dominical, sino como una ac-



titud de mente y corazón que augura victoria sobre los problemas acuciantes y preocupantes de la vida. Cuando alabamos a Dios, simplemente estamos llevando nuestra fe a la acción, arriesgándolo todo por causa de él. Dios es honrado con ese tipo de confianza en él. Y el que alaba recibe beneficios.

La Biblia relaciona la alabanza con Dios mismo. *“Él es el objeto de tu alabanza”* (Deuteronomio 10:21). Dios es la fuente y el objeto de nuestra alabanza, y la alabanza y la gloria de Dios se relacionan íntimamente. La gloria del Señor nos impulsa a alabarle y a atribuir el más alto honor a su nombre. Tal y como queda expresado en el Salmo: *“El que sacrifica alabanza me honrará”* (Salmo 50:23). Podemos glorificar a Dios de muchas maneras, pero la alabanza es la mejor de todas. Alabar a Dios significa reconocer su infinita grandeza, rendirnos a él, y estar gozosamente de acuerdo con todos sus planes y propósitos.

En cambio, la murmuración, el refunfuñar, la queja, el lloriqueo son un desprecio a la persona y a los caminos de Dios. Por este pecado los israelitas murieron en el desierto de Sinaí (Salmo 95:8-11). La crítica había desplazado a la alabanza y los israelitas no le dieron a Dios su merecido honor y gloria. Pablo nos advierte que no sigamos ese triste ejemplo: *“Ni murmuréis, como algunos de ellos murmuraron, y perecieron por el destructor”* (1 Corintios 10:10).

El libro de los Salmos es el libro especial de alabanzas en la Biblia. Allí, la palabra *“alabanza”* se usa más de 150 veces en sus diversas expresiones gramaticales. La alabanza es un bello cumplido a Dios. *“Alegraos, oh justos en el Señor (*); en los íntegros es hermosa la alabanza”* (Salmo 33:1). La palabra *“hermosa”* significa *“atractiva”*, *“apropiada”*, o *“bella”*. Siempre somos hermosos a los ojos de Dios, a pesar de nuestra naturaleza pecaminosa, pero lo somos aún más cuando lo alabamos en nombre de nuestro Salvador, quien nos hace justos e íntegros.



LOS FUNDAMENTOS BIBLICOS
DE LA ALABANZA

La alabanza demuestra una firme confianza en la habilidad, control, y poder de Dios. Para llegar a este punto, debo entender ese asombroso *absoluto*: “Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Romanos 8:28).

Todo cristiano debe luchar con lo *absoluto* de este versículo. Se resume en tres palabras: “*todas las cosas*”. A algunos cristianos se les dificulta entenderlo. Para ellos, “*todas las cosas*” se convierten en “*algunas cosas*” o en “*pocas cosas*”. O tal vez la duda los puede llevar a otra interpretación: “Tal vez se aplique a todas las cosas; no estoy seguro”.

Estoy de acuerdo en cuán difícil es para un cristiano que está pasando por un divorcio aceptar este *absoluto*. ¿Y qué hay de la señorita que es violada o de la joven madre a quien se le diagnostica un cáncer incurable?

En esos momentos, se les plantea a los cristianos una encrucijada: Podemos aceptar lo *absoluto* del versículo, o negarlo. Si lo aceptamos, significa que tenemos confianza y seguridad en el propósito de Dios por sacar lo bello de las cenizas, lo glorioso de lo horrible. Una vez que alcanzamos esa confianza, el siguiente paso obvio es la alabanza.

La alabanza, por lo tanto, es una afirmación gloriosa de la determinación de Dios de vencer toda maldad en mi vida y hacer que produzca algo bueno. La alabanza está cimentada en el poder de Dios.

Debemos tomar nota de los sentimientos de Jesús en cuanto a la decepción y la frustración, y ver cómo él entregaba los sinsabores de su vida terrenal al Padre con alabanza. Durante su primer año de ministerio público, hubo grandes multitudes, muchos milagros, mucho entusiasmo. Luego, la gente de Capernaúm, Betsaida y Corazín se volvió contra él



y contra su mensaje de arrepentimiento. La respuesta de Cristo fueron los “*ayes*” que se registran en Mateo 11:20-24. Sin embargo, a pesar de su aguda decepción con los habitantes de esas ciudades, Jesús “*se regocijó en espíritu*” (Lucas 10:21) y agradeció a su Padre Celestial que la verdad fuera revelada a través de su ministerio en la vida de los “*niños*” de corazón. Dijo: “*Sí, Padre, porque así te agradó*” (Mateo 11:26).

Jesús respondió regocijado en su espíritu ante un rechazo aplastante. Aunque él habría vivido continuamente regocijado, éste es el único registro en el evangelio del “*regocijo*” de Jesús. Y fue justo después de una de sus más grandes decepciones.

¿Por qué soportó gozoso esta decepción? Porque sabía que el Padre estaba obrándolo todo para bien en la vida de su Hijo (Hebreos 12:2). Y Jesús pasó su vida terrenal lleno de alabanza porque creía en este hecho fundamental (ver Filipenses 2). Él le ofreció a su Padre un continuo sacrificio de alabanza.

La alabanza muestra firme confianza en el amor de Dios. La Biblia dice que Dios me ama (Juan 3:16). También dice que me ama con amor eterno (Jeremías 31:3). Incluso dice que me ama a pesar de mi condición de pecador (Romanos 5:8). Ahora bien, si puedo aceptar este segundo *absoluto* como un hecho – el amor fiel, eterno, e inquebrantable de Dios – éste me llevará a la respuesta apropiada de alabanza.

La alabanza comprende lo que es el amor de Dios. La manera compasiva y amorosa como Dios nos ve y siente por nosotros, hace imposible que él nos hiera caprichosamente, o de manera permanente. A pesar de su rigurosa disciplina, la cual está diseñada para alinearnos con su voluntad, el amor de Dios habla de su determinación de tratarnos como hijos supremamente apreciados. Él busca nuestro bien, nada menos. Y su gran poder logra lo que su amor desea para nosotros.



Si podemos captar este hecho hoy y hacerlo uno de los pilares de nuestro pensamiento, siempre le alabaremos. ¿Qué otro amor puede compararse al de él? ¿Qué otro ser podría tener tanto interés abnegado en nosotros? ¿Qué otro ayudador puede ejercer tanto esfuerzo a nuestro favor simplemente porque nos ama? ¡Nadie en la tierra ni en el cielo! Por lo tanto, la alabanza es la afirmación gozosa de que Dios nos ama con una calidad de amor que no se encuentra en ninguna otra persona, y que siempre busca nuestro beneficio. Su amor nunca desaparecerá, nunca se enfriará, nunca se convertirá en odio.

La alabanza muestra firme confianza en el compañerismo de Dios con nosotros, según lo expresan las palabras de Pablo: “*Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?*” (Romanos 8:31). Este versículo, si lo entendemos correctamente, significa que Dios se pone de parte de sus hijos contra todo enemigo.

Al aceptarme por causa de Jesucristo, Dios se compromete a obrar en mí y por mí. Eso significa que me guía de acuerdo con su voluntad a pesar de las dificultades, de la oposición, del acoso satánico, de los temores, de las dudas, o de lo que sea. Con Dios de mi lado, tengo todo el poder de mi lado. Siempre debo recordar que el mal no es todopoderoso. Dios sí lo es.

No importa qué obstáculo enfrentemos, Dios está con nosotros. No hay problema, dificultad, o imposibilidad que lo aterrice o paralice. Por lo tanto, tenemos acceso al poder ilimitado que nos ayudará con nuestros problemas. Esa es la razón por la que puedo cantar alabanzas delante de mis dificultades. La alabanza dice que yo reconozco que Dios es todopoderoso, y que me cuida de manera total.

La alabanza nunca es sólo un sentimiento, aunque uno de los principales resultados de la alabanza es el gozo. Más bien, es un acto de la voluntad basado en hechos. Si mi alabanza a Dios se basa en mis emociones y no en mi voluntad, será efímera.



Cuando alabo a Dios, ya he llegado a una decisión en lo profundo de mi corazón: todo mi ser dependerá de él. Recibo su amor por mí. Me someto a su poder para hacer que todo obre para mi bien. Me amparo en su promesa de respaldarme incondicionalmente contra toda amenaza.

La alabanza es el resultado, no la causa, de esta decisión, porque se debe a hechos ciertos que me permiten elevar la voz y cantar. Y cuando canto, en mi mente queda eliminado todo sentimiento negativo y destructivo, y me llena el gozo del Señor.

LA ALABANZA CURA

A menudo he experimentado sanidad de mente con sólo alabar a Dios. Un día, lleno de una frustración que me destrozaba, salí a caminar. Un buen amigo cristiano y yo habíamos tenido un agrio desacuerdo en cuanto a asuntos de administración en nuestra congregación. Al mismo tiempo, el banco en el que mi hijo mayor trabajaba estaba a punto de declararse en bancarrota. Su trabajo y su futuro eran inciertos. Y, por otra parte, mi hija luchaba por vencer los efectos de una experiencia amarga y dolorosa.

Mientras caminaba, padecía la agonía mental de no encontrarles sentido a las cosas. ¡Nada tenía sentido! Romanos 8:28 parecía ser una promesa hueca. Sentía ganas de arremeter contra Dios por lo que parecía ser indiferencia e insensibilidad respecto de mis problemas.

Pero entonces la *"suave voz"* del Espíritu (Hebreos 3:7,8,12) me habló mientras yo seguía caminando a rastras. El mensaje parecía ser: *"Piensa en todas las cosas buenas que he hecho por ti y alábame por ellas"*.

Eso me tranquilizó. Comencé a reflexionar sobre las cosas que Dios me había dado o que había hecho por mí durante las décadas en que yo le había servido. Recordé cuando tuve mi primer encuentro con Dios. Allí lo conocí, le cedí mi voluntad, y llegué a percibir su amor de la manera más per-



El poder sanador de la alabanza

nomal y real. A lo largo de los años, él añadió bendición tras bendición: esposa, hijos, fruto en el ministerio, amigos, provisión a las necesidades, muchas respuestas a la oración. Sería imposible mencionarlas todas, pero estaba sobrecogido y humillado ante la cantidad y la calidad de las bendiciones que él me había prodigado.

Luego vino la lección de humildad que Job experimentó. Me senté espiritualmente en las cenizas y me arrepentí de mi pecado de olvido y de ingratitud. Repetidamente expresé mi gratitud alabándole por todo lo que había hecho. Las lágrimas brotaron de mis ojos y mis sentimientos fueron liberados del negativismo. Gradualmente pude sentir el desplazamiento de mi hostilidad y frustración para ser reemplazadas por paz y gozo. Finalicé mi paseo purificado y renovado. Y por eso añadí otro “¡Alabado sea el Señor!”. Sí, Dios usa la alabanza para liberarnos de las ataduras de nuestros sentimientos melancólicos y destructivos.

El Dr. William P. Wilson descubrió el poder sanador de los principios espirituales en el ejercicio de la psiquiatría. Había estado tratando a una paciente por dos años seguidos, que presentaba uno de los peores casos de amargura jamás vistos. Esta mujer simplemente hervía de ira contra su esposo, y ella había cultivado esta ira a lo largo de veinte años!

Nada de lo que decía el doctor parecía ayudarla. Como último recurso, éste le preguntó a la mujer sobre su fe religiosa. Ella dijo que era miembro de una iglesia, pero que ésta no satisfacía ninguna de sus necesidades. Insistiendo en el asunto, el Dr. Wilson le dijo que requería una relación personal con Jesucristo.

Ella preguntó: “¿Y cómo puedo tener esta relación personal?”

El doctor le explicó cómo podía llegar a ser una cristiana comprometida, y documentó su presentación con pasajes de la Biblia (Romanos 5:8; Juan 3:6, 16, 36; Efesios 2:4, 5, 8, 9).



· Cuando terminó, ella preguntó quejumbrosamente: “¿Por qué nadie me habló de él antes?”

La mujer recibió a Cristo, y, con el tiempo, su amargura desapareció. No sólo recibió el poder de perdonar, sino también la fortaleza para alabar a Dios por todas las cosas y para vivir una vida de humilde gratitud. (Christian Reader [*Lector Cristiano*], enero/febrero de 1975).

Yo también conozco el poder destructivo de la ira y del resentimiento. Puedo testificar sobre el daño que la amargura ha causado en mi vida, y sobre la instrucción paciente y persistente del Señor: “Acepta con gozo lo que te mando. No luches contra mis intervenciones. Son para tu bien. No te preocupes si hieren tu orgullo. Alábame por todo lo que estoy haciendo por ti, y mi gozo seguirá siendo tu fortaleza. Confía en mi mano y en mi propósito”. Una vez que aprendí esta lección y la puse en práctica, vi cómo Dios me quitó la oscura niebla de la derrota y de la amargura. He aprendido que la aceptación gozosa de su trato conmigo invariablemente me lleva a la luz.

Siempre debo tratar de vivir una fe apacible, la vida de aceptación que le permite a Dios habitar en mis alabanzas (Salmo 22:3). Básicamente, la vida de alabanza comienza y termina con Dios. Por lo que es él, y, yo su criatura, la alabanza le honra y a mí me bendice. Cuando llego a esta etapa, he aprendido lo que Jeremías Burroughs llamó “la exquisita joya del contentamiento cristiano”.

Aunque solamente creyentes pueden alabar a Dios en este sentido, el cultivo de actitudes de agradecimiento no se limita a los cristianos. Los que no conocen a Dios a veces reconocen el beneficio psicológico de pensar positivamente. Personas no cristianas y emocionalmente estables a menudo adoptan esta actitud: no importa lo que suceda en la vida, siempre se puede aprender algo positivo. Esta confianza y seguridad es lo que William James, un psicólogo de principios del siglo veinte llamó el “entusiasmo de la renuncia a sí mismo”.



El poder sanador de la alabanza

No moría, entonces, el arrepentimiento y la entrega espiritual en el sentido del Nuevo Testamento, sino la renuncia psicológica a sí mismo. Él cree que esto le permitiría a la persona lidiar con las partes adversas del drama de la vida sin desesperarse. El resultado, dice el Dr. James, es que la persona “llega a sentirse bien, de manera consciente”.

Si los no creyentes pueden movilizar sus recursos psicológicos hacia la meta de una vida serena y contenta ¡cuánto más los creyentes en Jesucristo! Contamos con vida espiritual y mayores recursos a nuestra disposición. Además de nobles propósitos, tenemos el poder de Dios para llevar nuestro ser a alturas triunfantes. ¡Claro que sí! Dios nos ha prometido una vida más abundante (Juan 10:10). Se nos asegura que todo lo que nos suceda obrará para nuestro bien (Romanos 8:28). Se nos garantiza la presencia divina en todo tiempo (Hebreos 13:5). Se nos ha dado un Consolador – el Paraclete, el Espíritu Santo – cuya responsabilidad es acompañarnos hasta que lleguemos a salvo a casa (Juan 14:16-17). Se nos ha provisto de “*un espíritu de poder, de amor, y de dominio propio*” (2 Timoteo 1:7) para tener la seguridad de que no seremos vencidos por ningún espíritu de timidez o de temor.

Así que la relación familiar con el Dios de los cristianos los impulsa y capacita para llegar al nivel de una vida llena de alabanza y de gozo.

Pero ¿cómo sucede? ¿Cómo se desvanecen la penumbra melancólica y la oscuridad de la depresión para poder cultivar el espíritu de alabanza llena de gratitud? ¿Cómo lo hacemos cuando no nos sentimos con ánimo para hacerlo?

La clave es la voluntad. El problema es “sentimiento contra voluntad”. Si consultamos nuestros sentimientos nunca llegaremos a ser vencedores. Debemos tener la voluntad de hacerlo. Demanda la entrega de todo nuestro ser, pero una vez que determinamos seguir adelante con el Señor, la ley del Espíritu y la mente comenzarán a operar.



Mi angustia, mi paz

Siempre debemos recordar que la decisión de hacer la voluntad de Dios es la clave. De ahí en adelante, es sólo asunto de práctica diaria en el poder del Espíritu Santo. Hacer una oración de alabanza basada en principios bíblicos puede ser de gran ayuda para empezar a cumplir el mandato que encontramos en Filipenses 4:8 en cuanto a nuestra forma de pensar. He aquí un ejemplo:

Señor,

Asumo que todo en mi vida obra en conjunto para mi bien. Te alabo por ello.

Creo con todo mi corazón que tú me amas con un amor eterno, y que nada puede cambiarlo. Te alabo por ello.

Tengo la firme convicción de que al lado tuyo nada puede prevalecer contra mí, y cuento con tus poderosos recursos para ayudarme en mi necesidad. Te alabo por ésto.

Estoy convencido de que alabarte es uno de mis mayores actos de adoración a ti. Por lo tanto, alabarte es una acción apropiada que me corresponde como criatura tuya.

Creo que la alabanza es una afirmación de mi fe en ti que libera el poder del Espíritu Santo para que obre poderosamente en mí. Te alabo por esto.

Estoy convencido de que la alabanza es totalmente opuesta a la queja y que desaloja el espíritu de murmuración en mí. Te alabo por ello, Señor.

Estoy convencido de que el resentimiento, el odio, la amargura, y todos sus males, son una ofensa a ti. Por lo tanto, me arrepiento y los reemplazaré con una expresión de alabanza a ti. Así, te vuelvo a colocar en el trono de mi corazón.



El poder sanador de la alabanza

Te alabaré por ti, por tu Hijo, por tu Espíritu, por tu Palabra, por tu creación, y por todos los seres amados y las provisiones que he recibido como regalo. Me has provisto de manera maravillosa.

Te alabaré porque eres el que tiene la victoria final sobre todo mal, y comenzaré a gozar esa victoria en mi corazón a través de la alabanza.

Te alabaré cada día, en las buenas y en las malas, para que tu alabanza alumbre mi vida e irradie las vidas de otros por amor a tu nombre. Amén.



Un buen amigo mío, un cristiano de corazón, estaba muriendo de cáncer. El día anterior a su muerte, Dios le reveló que pronto sería llevado al cielo. También le dio instrucciones para dejar un mensaje y compartirlo con su familia, la iglesia, y amigos. El mensaje era muy sencillo: "Diles que **algun** alabándome". El mensaje era el mismo para todos los que quisieron ver a mi amigo en las horas finales: "Sigue **alabando** a Dios". Estando al borde de la eternidad, este hombre **dió** un mensaje eterno. Es un maravilloso consejo para al pueblo de Dios.

Vale la pena prestarle atención a este mensaje, por amor al Señor y por amor a nosotros mismos.

Padezco adversidades en mi vida. Todos las tenemos. **Enfrento** dificultades todo el tiempo, no sólo ocasionalmente. **Tratar** de liberarnos de la adversidad es una búsqueda sin esperanza. Es contraproducente y destructiva. El secreto es **vencer** a la adversidad no eliminarla (lo que no es posible), no **negarla** (lo que equivale al autoengaño) sino superarla, **reconociendo** la soberanía de Dios con la alabanza.

La alabanza en medio de la adversidad es una lucha espiritual en que la adversidad sale derrotada. La alabanza sos-



Mi angustia, mi paz

tiene este enfoque: Adversidad, sé que estás aquí, pero no tienes poder para dañarme, porque alabo a Dios por ti. Sé que él está obrando a través de ti. Creo que en cierto sentido eres un amigo, no un enemigo. Creo que Dios te encausará de la manera más propicia hacia mi bienestar y mi bendición, porque las circunstancias de mi vida han sido permitidas desde arriba. Adversidad, no puedo enfrentarte solo, porque perdería mi salud, tanto física como mental. No puedo ignorarte, porque viviría engañado, apartado de la realidad. Pero te someterás a los designios divinos porque el Dios que invoco y alabo sabe lidiar contigo y hacer que finalmente obres para mi bien. Adversidad, ¡te saludo! Eres una sierva de Dios para mí. Tu máscara es fea y horrible, pero detrás de las penosas circunstancias pasajeras finalmente encontraré el rostro de la bondad y el amor del Señor. Adversidad, aun la muerte tiene que inclinarse y someterse para ser incluida en “todas las cosas” de Romanos 8:28 que Dios va a transformar en bien. 1 Corintios 15:54-57 afirma la victoria de Dios por medio del Señor Jesucristo. Por ello me regocijo en Dios mi Salvador, y mi corazón se llena de gratitud y alabanza.

¹ Ten piedad de mí, Dios,
conforme a tu misericordia;
conforme a la multitud de tus
piedades borra mis rebeliones.
⁴ Contra ti, contra ti solo he pecado;
he hecho lo malo delante de tus ojos,
para que seas reconocido justo en
tu palabra y tenido por puro en tu
juicio.
¹⁰ ¡Crea en mí, Dios, un corazón
limpio, y renueva un espíritu
recto dentro de mí!

Salmo 51:1-4, 10

